

DEL PUZZLE A LA UNIDAD: LA UPM Y RAFAEL PORTAENCASA

José Antonio Martín Pereda
Académico de la RAI
Ex Vicerrector de la UPM

Unos meses antes de verle por última vez, Rafael Portaencasa me dio unas páginas escritas por él. Durante bastante tiempo, quizás más de un año, le había estado urgiendo a que escribiera algo así como sus recuerdos. Me parecía que era un crimen que, una persona como él, que había tenido contactos con la mayor parte de los personajes clave de los años 80 y 90, y que había conseguido estructurar una universidad con la base de muchas piezas, no dejara una memoria escrita de todo ello. Me pasó unas veinte páginas, que se veía habían sido redactadas en muy distintos momentos y lugares, y me dijo que viera qué se podía hacer con lo que había escrito. Las empecé a ojear pero, antes de que le comentara que aquello era solo el comienzo y que, desde mi punto de vista, faltaba lo que podía ser más interesante, su contacto con las personas, Rafael nos dejó. Algunas de las cosas que me dio escritas, conjuntamente con recuerdos personales míos, serán las pinceladas disjuntas que traiga hoy aquí.

Rafael Portaencasa llegó al Rectorado de la UPM a finales de 1980, en un momento muy crítico. La universidad debería enfrentarse en los próximos años, al igual que la sociedad, a múltiples cambios que afectarían a su constitución interna y a su relación con el mundo exterior. La imagen previa, de Escuelas Técnicas viviendo cada una su vida, sin más relación con las otras que un papel timbrado que a veces usaban conjuntamente, debía superarse. Al mismo tiempo, igual que España empezaba a abrirse al exterior, la nueva universidad española tendría que ponerse en contacto con las universidades de otros países e intercambiar sus experiencias. Si España ya no podía seguir viviendo aislada, la universidad tampoco.

A principios de 1980 era el Decano de la Facultad de Informática. Tras algunas discrepancias, se convocaron elecciones a Rector. Decidí presentarse. Recuerdo que un día, supongo que sería hacia septiembre u octubre, me crucé con él y le dije: “*¿Pero cómo te vas a meter en esa batalla, con lo tranquilo que estás en Informática?*” Me miró con una medio sonrisa a punto de aflorar y me dijo: “*Pues vete cogiendo el casco porque deberías venir conmigo*”.

Las elecciones de 1980 de la UPM fueron las que más candidatos, cuatro, han tenido en la historia de esta universidad. El momento era crítico porque todo el mundo sabía que se avecinaban cambios de todo tipo. Se hablaba de una nueva ley para las universidades, de una reforma de los planes de estudio, de un posible cambio de la situación de los profesores. La situación política, además, era ambigua. No había certidumbre de nada.

La UPM había sido creada menos de diez años antes. Tras una muy breve etapa en la que se había configurado como Instituto Politécnico, todas las Escuelas Técnicas de Madrid habían pasado a convertirse en Universidad. Pero la unión había tenido más un carácter de voluntad que de realidad. Las escuelas, dispersas en su mayoría por todo Madrid, no habían tomado aún conciencia de que su independencia era ya algo del pasado; que la historia centenaria de algunas debería pasar a unirse con la muy reciente de otras; que las Escuelas Técnicas Superiores estaban ya en un mismo ente que las Escuelas Universitarias y que en algún momento, cuando llegase el cambio, los votos de las unas serían equivalentes a los de las otras.

Esa situación es con la que se encontró Rafael Portaencasa cuando en diciembre de 1980 se incorporó como Rector a la UPM. Rector en una universidad que no tenía ni edificio de rectorado, que los miembros del equipo rectoral se tenían que diseminar por pisos alquilados en torno a las calles de Boix y Morer y Cea Bermúdez. Una universidad con un apoyo de funcionarios muy inferior al de cualquier escuela. Los aires de cambio que se pronosticaban para el país deberían también reflejarse en la universidad. Pero para ello antes debería construirse la universidad.

El primer equipo rectoral que se configuró debería enfrentarse a la tarea de poner en marcha una serie de medidas que Rafael había planteado en su programa electoral, programa muy conciso como eran en general sus escritos.

Rafael primero hablaba con la gente, oía a unos y a otros, y luego, al final, sintetizaba lo que podía ser válido para todos. No sé si en ocasiones tenía ya una idea preestablecida de lo que quería, pero nunca solía decirlo. Solo muy al final de una conversación, comentaba con quién ya había hablado. Con Rafael todos se consideraban protagonistas, porque todos tenían la impresión de que eran los únicos que estaban aconsejando al Rector.

Pero mientras se ajustaba el primer equipo de Rafael, un ruido de sables empezó a asomar en los editoriales de algunos periódicos. El 23 de febrero, la baza de espadas quiso ganar la partida. El Rector llamó por la noche a todo su equipo y nos dijo que, al día siguiente, todos al rectorado como si no pasase nada. A las 10 de la mañana estábamos en Boix y Morer. A las 11 bajamos al bar que había debajo y en la televisión que estaba al fondo, vimos ir saliendo por las ventanas del Congreso a algunos guardias civiles que se cuadraban militarmente ante su cabecilla. Volvimos arriba. La posibilidad de que se volviera a la situación previa había desaparecido. Portaencasa se puso en contacto con Bustelo, rector

de la Complutense y al cabo de un rato nos dijo que se estaba preparando una manifestación a favor de la Constitución para el próximo sábado y que las universidades irían tras la tercera pancarta. La primera sería la de los políticos y la segunda la de los sindicatos. La UPM salía, por primera vez, a la calle.

De una forma u otra, aquel fue el arranque del mandato de Rafael Portaencasa como rector de la UPM.

Una carrera, que parecía casi contra reloj, empezó inmediatamente para todo su equipo. Los grandes ejes de coordenadas que se marcaron, aunque no definidos de una forma clara, serían:

1.- el inicio de la reforma de los estatutos de la universidad, aunque todavía se estaba pendiente de una ley que no acaba de salir. El diálogo entre Escuelas Superiores y Escuelas Universitarias, eje de su campaña, tenía que empezar.

2.- la internacionalización de la UPM, intentando que sus siglas fueran conocidas fuera de nuestras fronteras, así como un mayor acercamiento a la sociedad esencialmente a través de su entorno productivo.

3.- crear un espíritu de universidad, que nunca había tenido, gracias a una serie de actividades culturales que fueran aceptadas por todos, y

4.- lo que era casi tan importante como lo anterior, una sede en la que se ubicara el rectorado de la UPM.

Pasaré a comentar, muy brevemente, cada uno de estos ejes.

La sede del rectorado había tenido una historia muy complicada. La Universidad Complutense había conseguido que todos los terrenos de la Ciudad Universitaria fueran inscritos a su nombre. También quedaban a su nombre los colegios mayores e, incluso, los campos deportivos. El tener allí algunas Escuelas Técnicas no era, para la Complutense, más que una especie de grano que había que soportar. La Junta de Gobierno del anterior Rector tuvo noticia de que el Colegio Mayor La Almudena estaba casi vacío y tenía un edificio que podía servir como Rectorado. Tras múltiples idas y venidas se estimó que podría ser una buena solución. Pero cuando se iniciaban los preparativos para el traslado, una oportuna inundación en el Rectorado de la Complutense, nunca aclaradas sus causas, obligó a ésta a trasladarle a La Almudena, antes de que pudiera hacerlo la Politécnica. Podía ser provisional, pero también podía ser indefinido.

Otro Colegio Mayor, en este caso de una orden religiosa y no de la Complutense, estaba también vacante. Era el C.M. Navacerrada, con una estructura no muy adecuada para el fin que se pretendía, pero era lo único disponible. Se firmó un contrato de compra por el edificio, que no por el suelo que seguía siendo de la Complutense, y antes de que empezasen las obras de reforma, y antes de que surgiesen nuevos imprevistos, allí se trasladaron el Rector

y unos pocos vicerrectores, rodeados de obreros por todas partes. A mediados de 1981, el Rey inauguró oficialmente el nuevo edificio que ya pudo convertirse en el actual rectorado. Fue la primera batalla ganada por Rafael. En otros entornos, este edificio habría sido denominado, con toda justicia, “**Rafael Portaencasa**” que fue su verdadero artífice.

A partir de ese momento, los restantes ejes de actuación, comenzaron a seguirse en paralelo, porque ninguno de ellos se consideró que tenía una importancia menor.

La internacionalización de la UPM se inició a través de las Conferencias de Rectores que las universidades europeas celebraban periódicamente. Gracias a las relaciones que Portaencasa pudo adquirir en ellas, en 1982 fue la única universidad española invitada a la ceremonia de entrega del premio Carlomagno al Rey Juan Carlos I, en la ciudad de Aquisgrán, gracias a las gestiones de la Universidad Técnica de Renania Westfalia ubicada en dicha ciudad y con la que se iniciaban relaciones. Era el bautizo oficial de la internacionalización que se pretendía.

En la comida dada tras la entrega del premio, recuerdo que salí con Rafael durante los postres para comentar lo habido. Unos instantes después salió el entonces Príncipe de Asturias y a unos metros de nosotros empezó a dar vueltas alrededor de algo (tendría como 14 años); Rafael, muy en su estilo, me dijo “*Debe estar aburriéndose. Vamos a decirle algo*”. Inició unos pasos para acercarse a él pero, de la nada, surgieron dos guardaespaldas que cortaron en seco cualquier intento de seguir avanzando. Seguimos con nuestra conversación.

A varios otros eventos similares enseguida fue invitada la UPM. La novedad para muchas universidades extranjeras, de una universidad en España puramente tecnológica, ejercía una atracción positiva. La Universidad Carolina, de Praga, invitó a asistir a la Espartaquiada. Igual hicieron el Technion de Haifa, la Técnica de Trondheim, la de Toulouse, ...

Esta internacionalización fue, durante muchos años, un modelo para otras universidades españolas. El Rector Portaencasa aprovechó la formación que muchos profesores habían adquirido años antes en centros europeos y americanos y, gracias a ella, pudo incrementar y coordinar las relaciones a uno y otro lado del Atlántico.

Pero la preocupación de Rafael, como se indicó antes, no era solo el aspecto técnico de la universidad, sino también la necesidad “*de hacer universidad*”. Creyó que la forma más eficaz de hacerlo sería a través de actos culturales de todo tipo.

Creía que solo a través de la cultura podría avanzar la cooperación entre las personas. Y en el caso de la UPM, que solo a través de actividades culturales comunes podría llegar el dialogo entre los diferentes centros que la componían.

Es imposible sintetizar la frenética actividad desarrollada en los cuatro primeros años de su mandato en ese terreno. Creo que ninguno de los objetivos de las nueve musas canónicas quedó sin cubrir. Y en esta acción fue fuertemente apoyado por la colaboración de Carmela García Moreno, que Rafael puso a su lado como consejera. Gracias a ella, la UPM pudo ser el escenario en el que Rafael Alberti y Nuria Espert dieran un recital poético en marzo de 1982, que Paco Umbral disertara en noviembre de ese mismo año, que María Cuadra diera otro recital poético en abril del 83. De que en marzo se convocara un concurso de poesía libre en cuyo jurado participó la entonces recién premiada con el Premio Adonais, Blanca Andreu. Igualmente se convocó otro concurso de pintura y escultura; y otro de carteles sobre los cuatro años de la Constitución Española. Se celebraron exposiciones de Arte Egipcio Contemporáneo, del Arte en el Cine, de libros científicos y técnicos franceses, de libros españoles, de libros soviéticos de ciencias, literatura, arte y tecnología.

Esta última exposición merece unas líneas aparte. No siempre las iniciativas de Rafael tenían un eco favorable en la prensa. Si el recital de Alberti y Espert si fue acogido con críticas positivas, la exposición de libros de la URSS mereció comentarios como el que muestro en el que se decía que había sido una apología literaria del comunismo soviético, mezclando manuales de intoxicación marxista con escritos antirreligiosos. Evidentemente nada de todo ello era cierto. Rafael jamás se desanimó por la críticas adversas y decía que andando se avanzaba y que el camino siempre presenta obstáculos.

Pero si esas eran las líneas iniciales, el nuevo eje que había surgido derivado del 23F tampoco fue olvidado. Rafael señaló que a partir de ese momento, una misión nueva de la universidad debería ser tratar de incorporar a las fuerzas armadas a la vida universitaria de una forma natural y para ello sería preciso organizar una serie de actividades en las que ambos entornos estuvieran juntos.

Su capacidad para adaptarse a cada momento tuvo en esos días su expresión más señalada.

El resultado fue un contacto constante con aquellos centros de Defensa en los que la colaboración tecnológica pudiera conducir, a través de un buen entendimiento, a un provecho mutuo. El principal centro de actuación fue el CESEDEN, y con él que se organizaron, en marzo del 84, las primeras jornadas Fuerzas Armadas-Universidad Politécnica.

Igualmente, las elecciones generales de octubre de 1982 impusieron una nueva adaptación al medio. En los meses anteriores, Rafael había sabido cómo moverse en aquellos entornos de la Administración cuya influencia podía resultar positiva para la UPM. Los cambios políticos que habían surgido le obligaron a volver adaptarse de nuevo. Pero esta adaptación fue inmediata y la UPM continuó su marcha igual que hasta entonces.

Rafael siempre supo cómo diferenciar los postulados, de la resolución de los problemas. Y siempre supo cómo convencer a su interlocutor mostrándole los puntos comunes que podían tener los planteamientos de ambos. A veces, cuando estaba realizando actos tan profundamente neutros, como podría ser un aplauso, se podía intuir que estaba pensando en el próximo movimiento que iba a hacer.

Hay también otra acción que impulsó Rafael y que merece, de nuevo, algunas líneas aparte. Fue la creación de una guardería infantil. En los años 80 el tema de la conciliación familiar estaba aún peor de lo que lo está en la actualidad. Las guarderías eran escasas y las existentes muy gravosas. La UPM alquiló un pequeño chalet no muy lejos del Rectorado. Se contrató a personal especializado y la guardería empezó a funcionar. En los escritos que me dio Rafael conocí algo sobre la misma que me proporcionó una idea clara de lo que, a veces, son las reivindicaciones de algunos grupos. Transcribo literalmente:

“Como cosa curiosa que sucedió en esos días y que me sorprendió terriblemente fue la visita que me hicieron unos representantes del personal de administración y servicios de la Universidad que me plantearon el tema de cómo compensar con ayuda económica al personal de nuestra Universidad que no tuvieran hijos o que estos fueran mayores y ya no pudieran ocupar plaza en la guardería./ Ciertamente es la pregunta más complicada que nunca me habían hecho y me costó mucho asimilarla y poder darle respuesta”.

No sé qué respuesta daría. A los cuatro o cinco años, ante las nuevas guarderías que se estaban abriendo, se cerró.

A finales de 1985 dije a Rafael que consideraba que mi etapa en el Rectorado ya debía concluir. Lo entendió perfectamente y accedí a seguir actuando con consejero en aquellos temas que estimara oportuno. Mi contacto con él pasó ya a ser más esporádico.

En esos años colaboré con él en una acción que había emprendido y que fue sin duda una innovación en la universidad española. Decidió que un panel de expertos evaluara nuestra universidad. Con la ayuda de Ángel Jordán, Provost de la universidad de Carnegie-Mellon, se configuró un grupo de miembros de la Academia Americana de Ingeniería para que recorrieran las diferentes escuelas y dieran su opinión sobre los puntos fuertes y débiles de cada una. El resultado fue un informe que se remitió a todas. Ignoro si alguna llegó a leerle y, mucho menos,

si le hizo caso en algo. Pero la intuición de Rafael, de que evaluaciones externas de un organismo deberían ser la herramienta para su mejora, merece recordarse.

Rafael concluyó en 1995 su etapa de Rector de la UPM, la etapa más larga que ningún rector ha tenido en dicha universidad, y volvió a la escuela de Teleco. Siguió dando algunas clases y desde su despacho, al que se habían incorporado con él sus tres secretarías, Conchita, Elena y Pilar, siguió intentando crear nuevas cosas en este caso para la Escuela. Siguiendo el camino de la Fundación General que había creado para la UPM, ayudó a crear otra para la Escuela, que facilitaría la actividad que esta escuela realizaba.

También gracias a su agenda, agenda que era la envidia de algunos de los que empezaban a trepar por esos días, consiguió una de las primeras Cátedras de Empresa que se crearon en la UPM, la Cátedra Airtel, y en la que, como siempre, también se volcó.

Pero un cambio en la dirección del centro dio al traste con muchas de las ilusiones que había puesto Rafael para los próximos años. Se le adjudicaron intereses personales ocultos cuando, como dijo él en un carta al nuevo director, él ya estaba muy lejos de intentar seguir dando lustre a su nombre.

En los últimos años, por las mañana llegábamos casi al mismo tiempo a la Escuela. La mayor parte de las veces, él llegaba antes y le veía fumándose un cigarrillo en la puerta de entrada al edificio B. Me detenía e iniciábamos una conversación eterna sobre cómo andaba el país y sobre todo, cómo andaba la universidad. Estaba recluido en su despacho pero intentaba estar al tanto de todo lo que ocurría. La gente pasaba a nuestro lado; unos miraban de soslayo y musitaban un breve saludo; algunos levantaban una mano. La mayoría no decía nada. Miraba a Rafael y le recordaba cuando, hacía unos años, su llegada a la Escuela suponía la formación de una turbamulta intentando “*tocar Rector*” o conseguir una palabra de él. Rafael sonreía y expresaba con un gesto el sentimiento de “*Así es la vida*”. Él seguía viniendo a la Escuela con su pequeña maleta de ruedas que llevaba siempre llena de papeles y que nunca conseguí que me dijera qué eran. Le decía que parecía un vagabundo llevando su casa a cuestas. Me miraba con su sonrisa irónica, acababa el cigarrillo y nos íbamos a nuestros despachos.

Y así fue hasta que Rafael, como buen matemático, cambió de dimensión.

Y con esto concluyen mis pinceladas sobre Rafael Portaencasa.